

Orgullo Conveniente.



Orgullo Conveniente.

NACÍ á fines de octubre de 1876. Me imaginé que fué en una noche de melancólico silencio. El cielo pálido debió mostrar, como á través de un velo, ese color plomo azulado, incierto, que pasó á mis ojos.

Fué triste mi niñez: no tenía padre ni madre, era pobre, enfermiza y enclenque; violentas convulsiones que sufrí en los primeros años, me dejaron algo derrengada y coja.

A los seis, quedé huérfana siendo educada por mi abuela Estéfana á quien llamaban en el pueblo "mamá Tanita" que ganaba pobremente su vida y la mía, ejerciendo el humilde oficio de calcetera.

El recuerdo de aquellos años aparece algo confuso en mi memoria. No obstante, viendo estoy distintamente á «mamá Tanita» sentada junto á la ventana en su silla bretona, de la cual un cojín de cachemira desteñida, ocultaba el ya desfundado asiento de paja. Con sus antiparras sobre la nariz,

la pobre mujer cosía desde por la mañana hasta bien entrada la noche.

Yo permanecía largos ratos á sus piés, acariciando sueños infinitos y vagos, ó escuchando los graciosos cuentos y las viejas canciones que con su voz monótona y cascada repetía.

Casi nunca reía, pero sí lloraba. Ah! ¡Cuán seguido me hacían derramar ríos de lágrimas el trágico fin de Caperucita Roja y el de la joven y tierna señora de Barba Azul, así como el de la culpable esposa del Caballero de Framboisy á la que este hombre feroz enterró sin zapatos y sin vestido dentro de una fosa cavada con . . . la punta de su paraguas!

Oh, frescura de las primeras impresiones! Nunca después, ni los más conmovedores dramas de Shakespeare, me agitaron con tan tremendas á la par que deliciosas emociones!

Casa de vecindad era la que habitábamos dentro de un gran patio—callejón sin salida en cuyo fondo había un tejár. Bullicioso enjambre venía á ser ese patio donde siempre se reunían los tres chiquillos del tejár, las dos hijas del tendero, las otras dos del posadero, toda la progénie del almadreño (seis ó siete); no sé cuantos más y en fin, yo.

Muy secundario era el papel que yo desempeñaba entre aquella loca turba. Las niñas me aceptaban poco, en razón de mis vestidos de forma arcaica que mamá grande me arreglaba con sus viejas faldas. Los muchachos me tratabán con harta dureza, por mi evidente ineptitud para los juegos en que había que correr.

Dotada de una extremada sensibilidad, todos aquellos rasgos de crueldad de los niños me afligían verdaderamente: miradas irónicas y gestos de desprecio de parte de ellas, ya unas mujercitas. De los muchachos, toda clase de palabras brutales. Pe-

ro altiva como era y mujer ya también, sabía poner cara impasible ó desdeñosa, en tanto que el frágil corazón se me saltaba del pecho.

En las largas noches de verano, los vecinos del patio sorbían el humeante caldo á la puerta de sus cuartos, conversando y bromeando unos con otros. Los chicos vaciaban con presteza sus pequeñas escudillas; luego, entre agudos gritos, corrían á organizar amigables y ruidosas partidas de juegos de barras, del «gavilán» y demás.

Yo no podía tomar parte en esta clase de juegos porque era indispensable correr mucho. Quedábame con el corazón adolorido sentada en los escalones de piedra que había delante de nuestra casa. La loca turba pasaba y volvía á pasar frente á mí, con los cabellos al viento, las mejillas encendidas y la alegría en los ojos. Yo procuraba entonces no verles mas, y con la cara apoyada en mis dos manos, miraba arriba, allá arriba, el ir y venir de las golondrinas en el pálido cielo azul. Largas horas me pasaba contemplando aquellos pájaros en vertiginoso vuelo con sus tendidas y elegantes alas! Ah! Cómo las miraba yo, la pobrecita criatura achacosa, relegada á esta tierra! Y á menudo me preguntaba, si no habría en el fondo de uno de aquellos nidios de piedra, alguna infeliz golondrinita que, coja también y triste, no pudiera lanzarse á recorrer ese cielo inmenso!

—Vamos, mi Grelet, ven á acostarte!

Así me sacaba de mis meditaciones mamá grande.

Efectivamente, ya es tiempo de irse á la cama en el patio reina el silencio, los jugadores de barras se han acostado, y yo de nada me había percibido.

Sentada sobre aquellos escalones de piedra, observando aquellas plácidas caídas de la tarde, contraje

sin saberlo, una de las mejores costumbres de mi vida: mirar más lejos, . . . más allá de mis penas.

—Al *meme*, mi Grelet, decía la querida y cascada voz.

«Grelet» en el lenguaje de nuestro país, es el nombre con que se designa al grillo de las chimeneas, ese animalito obscuro que en las noches de invierno nos arrulla con su canto monótono y plañidero.

Y la verdad es, que ese nombre cuadraba perfectamente á mi pequeño ser de entónces.

De esa época me queda un recuerdo tan doloroso, que después de más de veinte años no lo puedo evocar sin conmovirme.

«Tenía una muñeca que se llamaba Blondina, con el cuerpo almohadillado y tieso, de manta teñida rellena de salvado. El cuerpo remataba en una cabeza liliputiense que había debido, desde tiempo inmemorial, reemplazar á la cabeza primitiva. La microcéfala muñeca había sido vestida por mamá grande con una bata de fustan gris, delantal de india de cuadros azules y blancos y pañoleta en punta, de color amarillo con dibujos cafés. Mi Blondina ataviada de ese modo, presentaba el aspecto de muñeca-abuela ó de muñeca-criada. Mas tal como era, yo la adoraba: parecíame más real y allá, en el fondo, más sensible que las muñecas modernas de las otras niñas.

La querida Blondina me acarreaba varios disgustos, pues por ella tuve que romper lanzas más de una vez.

En las comiditas que se servían en restos de platos y tazas, de pedazos de arcilla ó conchas de nuez, yo exigía que fuese colocada á la mesa en el lugar de honor; y si alguien indicaba que ocupase otro asiento de inferior categoría, entónces, con ges-

to altivo poníamela debajo del brazo y ambas nos alejábamos magestuosamente.

Una tarde de lluvia encontrábame en el tejár, lugar de deleites, jugando con tres niñas.

—Mira—decía Paulina—nuestras tres hijas son unas señoritas que van á misa. Blondina será la criada, para que les lleve los abrigos.

—Eso sí que nó!—exclamé con energía—Blondina no es una criada, es una princesa.

—Hum! ¡Bonita princesa con su delantal de cocinera!

—Pues sí, es una princesa y te prohíbo que digas lo contrario.

Paulina, entonces, de un puntapié, arroja á Blondina contra un montón de leña; yo salto sobre la insolente, la cojo de los cabellos con mis dos manos, le arañó la cara y, á mi vez, le doy un puntapié.

Ella se pone á chillar como un ave á la que desplumaran viva, con el fin, por supuesto, de atraer á los autores de sus días. Sobreviene, en efecto, su madre, que me propina una buena tunda de manazos y acaba por echarme del tejár. Cuando volví con mamá grande, llevaba fuego en las mejillas, pero los ojos secos y la cabeza erguida.

Sólo que, como hubiera olvidado por completo que Blondina yacía inánime entre el montón de haces, cuando, durante la noche, me puse á pensar lo, dormí muy mal.

Al día siguiente, que era domingo, tan pronto como mamá Tanita me vistió con mi delantal de pekin blanco, único lujo que conoció mi infancia, corrí al tejár.

Allí estaban las tres niñas de la víspera, que vieron á mi encuentro:

—¿Cómo amaneció la princesa Blondina?

Había en aquellos ojos al hacer tal pregunta, un cruel fulgor que me llenó de súbita angustia.

Sin responder me dirigí á donde estaban los haces de leña y ¡nada de muñeca!

Busco, registro, miro por todos lados ¿En dónde la habrán escondido?—pensé.

Paulina que me seguía con risitas ahogadas, dijo al fin:

—Han divisado á la princesa al borde del pilón del caballo disponiéndose á tomar un baño.

El pilón del caballo! ¡Dios mío! ¿Habrán echado á mi hija al agua?

Debí palidecer ante este pensamiento, porque mi corazón dejó de latir.

—Pero no les daré la satisfacción de gozar con mi dolor!—resolví.

Y sin decir palabra, penetré en la casa. Las niñas almorzaban á medio día. Me colé sin ser vista hasta el fondo del patio, viendo en la puerta de la caballeriza el pilón de piedra. Mi corazón late con violencia, mis oídos zumban, mis piernas se resisten.

¡Vamos, valor, hay que averiguarlo!

Me acerco con ademán resuelto. ¡Allí está: la veo bajo la transparente agua, tocando con su carita el fondo del pilón! Con un miedo horrible, porque para mi imaginación de niña es un cadáver lo que allí reposa, me levanto las mangas hasta por encima del hombro, porque el pilón está muy profundo. Cerrando los ojos, introduzco resueltamente mi enteco brazo en el agua fría, cojo el cuerpo y lo sado.

¡Sensación atroz fué la que entonces experimenté, pues me estremezco aun ahora que trato de describirla! Blondina, inflada por el agua, se había vuelto pesada, como de plomo. Ay! ¡Cómo hace, la muerte, pesados los cuerpos!

Un terror indecible me hiela la sangre; no puedo mirar aquel objeto espantoso que tengo en la mano y el que, sin embargo, no debo soltar; preciso es que me la lleve porque no quiero, no quiero absolutamente, que sus verdugos la vuelvan á ver. ¡Oh, nó!

Franqueo los cien pasos que me separan de la casa de mi abuela y supongo que llevaba los pelos de punta, porque mi alma de niña sufre realmente, en aquellos momentos, todo el pavor que experimentarí un hombre arrastrando tras de sí un cadáver.

Abro, al fin, la puerta y desviando mi vista tiro en un rincón á la muñeca ahogada; échome luego en brazos de mamá Tanita con todo el impulso de mi débil cuerpo clamando con grito estridente, desgarrador:

—¡Mamá...á...á, han matado á Blondina!!

Hubo necesidad de meterme á la cama porque una fiebre violenta se me declaró. La pobre anciana pasó las noches llorando con la idea de que podría *marcharse* su «grillita» enferma.

Una mañana la fiebre decayó, mi cabeza estaba menos ardiente. Entonces, mamá grande, inclinándose sobre mi cama:

No tengas pena muchachita—dijo. Tu Blondina no se ha perdido; está secándose en la estufa de la chimenea.

Un horror indescriptible me sobrecogió á esas palabras.

—No mamacita—grité— nó! ¡Llévatela, no quiero verla ya nunca, nunca!

El día siguiente, al despertar, encontré sobre mi cama una muñeca muy elegante de cabeza de biscuit, cabellos rubios rizados y *trajeada* como una señorita, de azul celeste.

Para comprarme aquella muñeca, la excelente

mujer había sacrificado, cuando menos, sus jornales de tres días; para obsequiarme aquella hermosa dama vestida de azul, la querida madre Tanita no se alimentaría más que de sopa durante una semana.

Los niños pobres tienen el alma seria, noble; en ellos no cabe la indolencia, tan cómoda quizás. Yo miré la preciosa muñeca y arrojándome enternecida al cuello de mi abuela, prorrumpí en llanto: — ¡Oh mamá, mamá! ¿Para qué has comprado eso?

No jugué nunca con la muñeca azul. Algunas veces, la sacaba de su caja, únicamente para causar placer á madre Tanita; su sonrisa fija me entristecía, y el verla tan solo, me hacía daño como un remordimiento.

En la escuela, mi iniciación fué lenta y penosa. Con suma dificultad aprendí á leer, y muy pronto sentí grande aversión por las cifras.

La institutriz, que era una pobre joven que vivía abrumada, sobrecargada con el peso de sesenta niñas revoltosas que tenía bajo su cuidado, ni llegó á interesarse por mí. No me regañaba, porque yo era silenciosa é inmóvil como un guardacantón; pero me tenía en olvido.

Mi terror eran las llamadas «pasantas», unas muchachas grandes de la primera clase que iban á su turno enseñándonos á conocer las letras en el pizarrón con el auxilio de una larga vareta que con demasiada frecuencia se desviaba: mi pobre cabeza de estopa la atraía como un imán.

Desde los primeros ejercicios las «pasantas» declararon que yo era una idiota. Bastante tiempo pesó sobre mí semejante reputación mortificándome

no menos que mi lánguida cojera al recluirme en los rincones solitarios de aquel patio durante las horas de recreo, muy largas ¡ay! por cierto.

Transcurrían las seis horas de clase sin que nada me interesara, padeciendo al mismo tiempo sensaciones desagradables: las del olfato desde luego... Oh! Aquel olor de gente; aquel hedor de pieles, mezclado con el que despide el polvo!... Como en sueños recordaba luego aquellos caminos blancos por donde mamá Tanita me llevaba los domingos después de la misa; allí, donde tantas flores y tantas hierbas frescas esparcían, al viento leve, sus aromas!

Padecía, sobre todo, de un frío intenso en el corazón; frío que debía ser la eterna tristeza de mi vida y el que, á duras penas pude al fin contrarrestar, mostrando una entereza que estaba lejos de poseer.

Quando las «pasantas» me motejaban con ciertos nombres denigrantes de aves de corral; cuando con nerviosa mano estrujaban mi delgado bracito, ó con mayor brusquedad aún, pretendían echarme de narices contra la pared, suspiraba entonces por «mamá Tanita» pensando en el tiernísimo mirar de aquellos sus ojos gastados, desteñidos por las lágrimas; y en sus brazos tan cariñosos, aliviando mis grandes aficciones de niña.

Al volver á casa por la noche, me preguntaba la querida abuelita

— ¿Has sido juiciosa en clase?

— Si, mamá grande.

— Te diviertes con las demás niñas, mi Grelet? añadía. — ¿Te encuentras bien allí?

— Si mamá grande — repetía yo.

Llegué á los once años y mi inteligencia empezó á despertar un poco; pude seguir los mismos estudios que las alumnas de mi edad; y probablemente

hasta las hubiera aventajado, á no ser por la fatal timidez que me embargaba.

Verdadero horror me inspiraba la institutriz, que era una mujer alta y robusta con modales á lo militar y voz de trueno. Tan luego como me dirigía la palabra, se me cerraba la garganta, me sentía perdida. Y no obstante, yo encontraba estimable á aquella tan severa Srta. Bourdil: dos ó tres veces, sus ojos negros, aquellos ojos escudriñadores que todo lo veían, se habían posado en mí con expresión de melancólica piedad. Así también, al darme, en ocasiones, algún tirón de oreja, sus manos remedaban movimientos maternales.

De esta época surge un recuerdo penosísimo de mi vida de niña, el cual dejó en mi corazón profunda huella, casi junto á la que marcara el triste fin de Blondina.

Cada año, hácia el 15 de agosto, tenía lugar con gran pompa, la repartición de premios. Levantábase un estrado sostenido por toneles lujosamente revestidos de andrinópolis rojo; trofeos de victoria con estandartes; guirnaldas de festón de aéres olores; y en suma, una fila imponente de señorones congestionados que sudaban, y cuyas lustrosas pecheras y enguantadas manos nos causaban rara impresión.

Al tocar á su término el mes de julio, variábanse las distribuciones del tiempo para trabajar activa y empeñosamente en los coros y en las recitaciones con que habríamos de regalar al auditorio.

Cuando una niña era la designada para recitar algún trozo, esto lo consideraban ella y su familia toda, como honor muy señalado, muy especial. Por tanto, mis ideales de ambición no se remontaban hasta allí.

Nos habían hecho aprender á todas «El Niño Griego» de Víctor Hugo.

La Señorita Bourdil, con imprecaciones altisonantes y gestos de desesperación, se esforzaba en hacer decir con toda propiedad el indicado trozo á las hijas de los Consejeros Municipales; pero las hijas de los Consejeros Municipales solo aportaban á dicha labor una deplorable falta de comprensión.

Yo las escuchaba y sufría al oirlas falsear de tal manera, aquellos versos que me parecían tan hermosos. Mi semblante estaba sin duda revelando mi desaprobación, puesto que la Señorita Bourdil, que por casualidad tenía los ojos fijos en mí, dijo:

—Oye, mira, recítalos tú, que parece comprender.

Me levanté y recité la composición, nó con timidez, sino con el debido entusiasmo.

—¡Muy bien!—exclamó nuestra institutriz. Tú, pobre chica, eres la única entre toda esta «banda» que entiendes algo. Tú serás, por consiguiente, la que digas esa poesía el día de los premios.

Las de «la banda» me lanzaron miradas hoscas y envidiosas que halagaron mi naciente orgullo.

Por la noche, tuve alas para volar á casa.

—Mamá grande, yo soy la que vá á decir el más bello trozo el día de los premios!

—¿Es posible mi pobre Grelet, es posible?—decía la abuelita—¡Pero como voy á vestirme! Porque importa que te vean bonita.

Entonces me puse á reflexionar que el día de los premios todas las niñas llevaban trajes de muselina blanca, adornados con listones de colores claros. Hasta Matilde Gay, la hija del guarda vías tenía sus botinas blancas de «veau mort-né», según decía. Ese misterioso artículo que yo traducía ortográficamente «morné» (*) me parecía el último refinamiento del lujo.

(*) Veau mort-né, ternero, becerro nacido muerto; morné: despuntado, sin astas; entre nosotros cuatezón.

Un traje de muselina blanca—pensaba—¡Vaya! si es bonito, pero carísimo, seguramente, para la pobre mamá Tanita! Mas valía, pues, ni hablar de ello.

Yo tenía, por supuesto, mi vestido dominguero de nansú color de rosa; pero estaba ya algo roto y sobre todo !tan descolorido!

Madre Tanita, por su parte, reflexionaba también

Colocó su dedal sobre la mesa, lo que era siempre el prelude de una solemne declaración.

—Pierde cuidado, mi hijita,—empezó,—te prometo que tendrás un hermoso traje como no lo tendrán las demás. Cuando tu pobrecita mamá se casó . . . ella era nuestra única hija . . . mi buen hombre vivía aún ¡y qué de locuras hacíamos! Yo la había comprado un traje de lana y seda, de tela de á seis francos el metro . . . ¡Ah! ¡Apenas si se lo llegó á poner! . . . Y yo lo guardaba para tí mas tarde; pero ese «mas tarde» ya no estaré aquí para vértelo!

Se había levantado dirigiéndose con las tijeras en la mano hácia el gran armario.

De lo más alto del último anaquel, de entre la pila de ropa vieja, sacó un paquete cosido en lienzo blanco, del que se desprendieron olores penetrantes. Se dedicó en seguida á descoser poco á poco la envoltura. Yo aguardaba, con el corazón palpitante . . .

A continuación se ocupó de ir quitando la alhucema y el tomillo, y de sacudir el alcanfor y la pimienta que allí se encontraban. A raíz de ésta larga operación en que ambas hubimos de estornudar continua y estrepitosamente, mamá Tanita desplegó al fin la famosa confección de lana y seda.

Más . . . ¡oh color inesperado! Estaba amarillo,

pero de ese amarillo subido, horroroso: el de la tienda de ultramarinos del Señor Jaubert.

La excelente mujer palpaba la tela con cierto respeto.

—Mira, Grelet,—decíame gozosa—toca, pero con toda la mano, porque hay para darse gusto ¡Bah! ¡Ya no se fabrican, hoy en día, telas como ésta!

Verdaderamente consternada, pude objetarle:

—Acaso sería mejor, mamá, conservar esa hermosa tela para después, cuando yo esté grande.

—No, señorita, yo quiero que esté Ud. muy guapa ese día de la distribución de premios en que todo el mundo vá á verla, porque no admito que mi niña parezca una cualquiera.

Al efecto, se propuso ajustarme un vestido de la tela de lana y seda el cual me probó varias veces minuciosamente trabajando en él con positivo afán. La víspera del gran día, aún no estaba terminado.

—Acuéstate tú,—dijo—yo lo terminaré antes de meterme en la cama.

Me acosté, pero no dormí. Miraba de lejos á la querida viejecita inclinada sobre su labor; veía, asimismo el vestido amarillo y pensaba: ¡«Estaré horrorosa, mañana»!

Luego, contemplando el semblante pálido y tan fatigado de mamá Tanita, sentí, de pronto, como que me reventaba el corazón, y lloré á torrentes.

Mucho lloré, aunque en silencio; y hay que decir en justo elogio de mi personita de entonces, que no era la fealdad del traje lo que me hacía llorar, así como tampoco era la idea de ponerme en ridículo, lo que tanto me afligía. No; lloraba de enternecimiento y de lástima profunda hácia aquella noble anciana, mi sola familia; lloraba por aquel viejo, pero sano corazón, que solo tenía cariño para mí; por aquellas manos temblorosas, deformadas por los rudos trabajos, las que ahora esta-

ban moviéndose y removiéndose para embellecer á la niña bien amada con un traje... ¡inverosímil!

Mucho, mucho me quería la buena mujer y yo también la quería muchísimo, puesto que, al día siguiente, pude vestirme el traje de lana y seda, entre frases de admiración y dejando asomar á mis labios una sonrisa.

—¿Nó vendrás por fin tú, mamá, á la distribución de premios? ¿Nó me oirás?

—No, hijita, no tengo lo que se necesita para presentarme como debiera, tú bien sabes que mamá grande es orgullosa. Pero oye, ahora que estás tan guapa, súbete á ese taburete y recita tu trozo para mí sola.

Obedecí, y á poco salí. Al columbrar la escuela, mi andar se hizo mas lento y con mayor dificultad empezó á funcionar mi piernita recalcitrante.

Ni traté por supuesto de engañarme en cuanto al motivo del tan repentino cansancio. ¡Oh! díjeme—¿Conque te falta el valor para presentarte en la escuela con el traje de lana y seda? ¿Te causa sonrojo el trabajo manual de tu pobre abuelita?... ¿Acaso su abnegación y su cariño no deben hacer-te pasar por alto, cualesquiera burlas de esas tontas chicuelas?

Enderecé mi cuerpo y entré en el patio, noblemente cubierta con mi vestido amarillo y con mi dignidad. Soy también como mi abuela, soy orgullosa.

Mis compañeras todas, vestidas de blanco, muy rizadas y acicaladas me miraron de arriba abajo con ojos azorados; yo hago lo posible por no verlas. Las dos adjuntas, con bonitos trajes claros y vaporosos, que hablan junto al salón de actos, no han podido, al verme, contener un movimiento y una exclamación; y corren en busca de la Srita Bourdil quien precisamente, ahí viene.

Yo no las miro, pero sí las siento, pues adivino ¡tan bien! la conversación. A poco, oigo decir á la Srita Bourdil:

—En efecto, no es posible.

Y con voz casi dulce, que antes no le conocía, me llamó:

—María, ven acá, hijita.

Me adelanté con serenidad; había adivinado.

—Escucha,—dijo—he reflexionado. Temo que el programa resulte muy cargado y el acto demasiado largo. Así pues, como tienes la voz algo débil, suprimiremos tu recitación.

—Está bien, Señorita,—le contesté con amabilidad, agradeciéndole que hubiera recurrido á ese expediente en vez de ser brutal para tratar el asunto.

Momentos después, nos hallábamos todas colocadas en orden al pié del estrado. El Señor Alcalde está ¡resplandeciente! Cerca de él, se vé un señor que no tiene el aspecto de los de nuestro pueblo: ha de ser el diputado, según parece.

Los coros y los trozos poéticos van sucediéndose y alternándose. ¡Qué importa que el mío no figure yá! Lo esencial es que mamá grande no lo sepa; y no sabrá nada: sale con rareza y vé á tan pocas gentes.

Terminada la lectura del informe escolar comienza la llamada por orden de lista.

—Premio de honor,.... María Hoël!

(¡Yo, Dios mío! La Señorita no ha cambiado, pues, mi premio, á pesar de mi vestido tan feo?)

Afortunadamente, no subo sola al tablado, porque con el fin de ganar tiempo, subimos una docena á la vez. Las dos adjuntas cuidan siempre, por su parte, de tomarnos á cada cual oportunamente

del codo para llevarnos ante uno de aquellos señores que nos ha de coronar.

Eligen, naturalmente, para el Sr. Alcalde y para los otros personajes, á las niñas mejor vestidas y de figura mas simpática y agradable.

Yo estoy por ahí, muy formal con mi traje amarillo. La adjunta vacila unos instantes, pasea su mirada hasta las últimas filas. He comprendido: al bombero de servicio le vá á corresponder el honor de ceñir mi frente con los laureles de papel verde.

Avanzamos un paso cuando el diputado, el caballero de los ojos azules, hace señas con la mano indicando que desea hablar con nosotras dos, y nos le acercamos.

— ¿No es ésta la niña que ha obtenido el premio de honor?—pregunta.

—Sí, señor—responde la que me acompaña.

—Pues bien, voy á coronarla.

La adjunta pone en sus manos el libro y la corona de papel; y él prosigue:

— ¡Vaya un hermoso libro! Tu mamá va á estar muy contenta de tí.

—No tengo mamá.

—Ah! Entonces, ¿quién te educa?

—No tengo mas que mi abuelita.

Siento que los ángulos de mi boca se contraen y que mis labios tiemblan. ¡Me acometen unas ganas de llorar!

Y él lo nota, el caballero que me ha oprimido cariñosamente con su mano enguantada y me dice muy afable:

—Eres una niñita muy apreciable, muy inteligente, y tu mamá grande va á sentirse hoy muy feliz.

Luego se pone en pié, coloca con ciertas precauciones la corona sobre mis cabellos. . . . ¡oh, hom-

bre exquisito! Se vé como que tiene miedo de dejarme más fea. . . . Y estampa sobre mi frente un delicado beso.

¡No volveré á ver jamás á ese hombre cuyo nombre ignoro aún; pero sí sé que jamás lo olvidaré!

Mamá Tanita está en el umbral de la puerta de la casa, atisbando de lejos mi llegada.

Yo la veo y me preparo para poner semblante alegre, porque así debe ser.

—Mira, mamá grande, recibí el premio de honor y fué el diputado quien me coronó!

La buena anciana que tiembla como un junco, ha mirado y vuelto á mirar el hermoso libro exclamando al fin:

— ¡Ah, qué satisfacción, hijita! Pero dime: ¿te han encontrado muy guapa?

—Sí, mamá grande.

Y el trozo, cuéntame, ¿lo has dicho bien? Te lo han aplaudido mucho?

—Sí, sí, mamá grande, por supuesto.

—Mi Grelet, la vieja de tu abuela está hoy contentísima! Acércate un poco para besarte mas todavía!

Pero ¡ay! la pobre Grelet, exhausta de fuerzas, ha rompido á llorar que es un torrente.

Madre Tanita, asustada:

— ¿Qué tienes, hijita? Qué te pasa?

Me decido á balbucear entre sollozos:

— Nada, mamá, es que desde hace rato me duelen mucho los dientes.

Y sigo anegada en llanto.

Mi abuela se lamenta y procura mirar dentro de mi boca.

Yo me he replegado junto á aquel siempre amante corazón y pienso:

¡Que mentira! ¡Cuántas mentiras! ¡Pero esas han de ser las que se llaman mentiras piadosas!

He llegada al punto en que mi historia empieza á tomar el sabor de una novela, digna de tal nombre, pues en ella va á registrarse un acontecimiento romancesco.

No se trata aún de amor ni de un duelo de fatales consecuencias, ni de un rapto donde intervenga, por ejemplo, el cloroformo. Sólo falta aquello de la herencia de un tío de América... y á eso vamos.

Es un tío muy auténtico, Cristóbal Hoël, nada menos que hermano de mi padre. Ha muerto viudo y sin hijos, no precisamente allá en América, pero casi casi: en Burdeos.... ¡tan léjos de nuestro pueblo!

Ahora bien: ese tío Cristóbal ha legado á su sobrina María Hoël toda su fortuna; una fortuna fabulosa que se calcula en ¡4500 francos!

Al pensar en esta herencia no puedo menos de sonreír y á la vez, de enternecerme un poco.

Fué una tarde, al volver de la escuela, cuando mamá Tanita me espetó la gran noticia. Lloraba la pobrecita, temblaba, me estrechaba en sus brazos con transportes de loca alegría.

Después he comprendido esa alegría. La herencia, aunque exigua, significaba el pan para mí tan luego como la querida anciana hubiere cerrado sus cansados ojos. Su pobre «muchachita» no tendría así, que ocurrir á la Beneficencia Pública; podría vivir hasta tanto que se hallase, á su turno, capaz de trabajar. Mas no de igual manera consideré yo el acontecimiento en aquellos momentos.

—Mamá grande—había preguntado,—ese dinero ¿será mío, completamente mío?

—Sí, mi Grelet, muy tuyo, nadie podrá tocarlo.

Aquella noche padecí prolongado insomnio. Inmóvil en mi pequeña cama, con los ojos bien a-

biertos y el espíritu en fuerte tensión, arreglé de este modo el empleo de mis futuros bienes.

En primer lugar, mamá Tanita cesará de trabajar para los demás. Le compraré, inmediatamente, dos buenos trajes calientes y suaves, su gorro de encaje negro, sus pantuflas bien forradas y dos delantales... nuevecitos: Además, mamá le pondrá todos los días leche á su sopa...y...vamos! acaso sobrará algo para la mía... En fin, ya veremos. Todos los días, también tomará su taza grande de café humeante y muy aromático; los domingos, puchero. En la noche, instalada delante de la puerta, en su silla bretona con cojín nuevo, leerá su periódico lo mismo que la Señora Dufour, la madre del boticario. ¡Ah! Tendrá aún en la iglesia una silla con su nombre grabado en una placa de cobre, siempre como la Señora Dufour.....

¡Oh, cuan grata va á deslizarse la vida! Madre Tanita ya no sufrirá mas penas, ya no la hará encorvarse en la noche, su espalda dolorida. ¡Se rejuvenecerá, vivirá mucho tiempo; pero mucho, mucho, tanto como yo!

Algunos días viví con esas ilusiones. En la escuela tuvieron que reprenderme á causa de mis frecuentes distracciones y de mi indiferencia por la gramática y la aritmética. Impusieronme castigos, pero seguí contenta forjándome castillos en el aire; solo que saboreaba mi dicha en silencio, como el avaro, pues nada le comuniqué á ninguna de mis compañeras.

La querida madre Tanita no andaba menos turbada que yo. Ella, aunque ignorante y sencilla, poseía cierta altivez nativa, una dignidad en todo su modo de ser, que me es aún placentero recordar. Las vecinas la sorprendieron, dos ó tres veces, con su falda más arreglada y limpia dirigiéndose á casa del notario de donde volvía siempre con tranquilo

paso, y sin llegar á hacer alarde de su regocijo á la puerta de alguna de las viviendas del gran patio.

Mi desesperación no conoció límites cuando me hizo entender que yo no podría disponer del capital antes de cumplir los veintiún años; y por consiguiente, que tampoco podría comprarle los trajes, la gorra de encaje ni los delantales, ni la leche para su sopa, ni nada, nada!

Aquella noche, se empapó mi almohada.

Mamá velaba junto á la lámpara, ocupada en un remiendo que debía producirle algunos sueldos. Cada vez que mis ojos se posaban en su blanca cabecita inclinada, reaparecían mis lágrimas y tenía que sofocar, bajo la sábana, mis sollozos.

¡De manera que mamá Tanita habría de trabajar siempre, hasta su último suspiro! ¡Oh Dios!

Sentí á poco una pesadez. Observé que agitando mis párpados mojados, veíanse grandes destellos, como de oro, que salían de la lámpara y nimbaban, por decirlo así, la cabeza de mamá grande, tal como las de los santos de los misales iluminados. Sorprendióme que apareciesen tantos rayos de luz á través de las lágrimas, y me dormí.

A principios del año de 1888, cayó mamá, enferma de «influenza». Cuando comenzó á levantarse, había envejecido notablemente; andaba muy encorvada, con paso inseguro; no podía recobrar el apetito y una tos pertinaz la agobiaba.

Una noche que la Srta. Bourdil entró á verla, me dijo:

—Niña, vete á jugar afuera; déjame hablar un poco con la señorita.

A poco rato salía la institutriz y á mí me pareció que ésta había llorado.

Volví á la escuela algunos días después y la Señorita me llamó á la hora del recreo:

—Escucha, María, vas á trabajar seriamente, por-

que es necesario que presentes exámen dentro de dos meses.

—Exámen! Pero si tengo mi certificado de estudios, Señorita.

—Ya lo sé, pero no se trata de eso. Voy á proponerte en concurso para que ganes una bolsa.

—Una bolsa! No entiendo.... ¿Se trata de una bolsa llena de oro que no se halla todavía en casa del notario y, gracias á la cual, podré cuidar de mamá Tanita?

La Señorita se sirve aclarar el punto.

—Si logras buen éxito en ese concurso, podrás ser admitida como pensionista en un liceo, pagando por tí el Estado.

—Y diga Ud, Señorita, en ese caso, ¿dejarán ir á mamá conmigo?

—No, creatura, no; haces unas preguntas absurdas.

—Entonces, Señorita, si Ud. me hace el favor, yo no voy al Liceo porque no quiero dejar nunca, nunca, á mamá Tanita.

Mis lágrimas, en tanto; esas lágrimas, siempre prontas, á brotar, ruedan como perlas abrasando mis mejillas.

La Señorita Bourdil no me riñe; ha bajado la voz para decirme con cierta gravedad:

—Pero, ¿y si fuera ella quien te dejara?.....

Siento, en medio del pecho, un choque tan terrible que parece que me revienta el corazón; mas no grito. Mis lágrimas se han secado bruscamente. La Señorita me habla con dulcificada entonación, pero no escucho lo que me dice. Hay dentro de mi atormentado cerebro, algo que ruge, y suspira y solloza, repitiendo:

—¡Mamá grande se va á morir!

Desde luego, mi vida no es más que una pesadilla.

Madre Tanita declina visiblemente. Ella tan solícita y tan diligente ayer, permanece las horas enteras inmóvil en su poltrona, siempre decaída y tiritando. ¡Y todavía trabaja la santa mujer! Cuando veo la labor temblar entre sus dedos entumecidos, siento que el corazón me está sangrando y, callada, tengo que sufrir accesos de verdadera desesperación.

¡Bien quisiera hallarme á su lado todo el día para decirle cosas muy tiernas, rodear su cuello con mis brazos acariciándola, contemplando á todo mi sabor aquella carita que ya no se animará mas!

Pero debo ir á la escuela con motivo de ese concurso donde la Señorita quiere hacerme figurar. Necesario es que trabaje, mal que me pese; necesario es que funcione mi desquiciado cerebro y que piense en los puertos, y en los ríos, y en la población de Francia y enel equilibrio europeo.

Llegado el día del concurso, se resolvió que la misma Señorita Bourdil me conduciría á la cabecera del departamento.

En la mañana de la partida, saqué del armario el traje amarillo y mi sombrero blanco adornado de margaritas. La bondadosa abuela me peinó con sumo esmero; y como hubiera entre mis rebeldes cabellos, muchos pequeños y desiguales, bastante se fatigó, porque, al terminar, ví que gruesas gotas de sudor bañaban su frente de marfil.

...Es preciso partir. ¡Dios mío, cómo se me oprime el corazón!

—Hasta luego, madre Tanita, no te fatigues, te lo suplico; procura comer, no bebas nada frío y deja el quehacer de la casa, yo lo desempeñaré á mi regreso.

—Adios, mi Grelet, tú trata de responder bien á todo, para ser admitida allá. ¡Es muy importante, muy importante!

.....
Subimos en el compartimento de tercera y yo me acurruqué en un rincón. Vuelta de cara hácia la portezuela y cubierta con mi pañuelo, empecé á llorar.

La Señorita se incomoda; yo haciendo un gran esfuerzo, contengo el llanto, me quedo inmóvil y cierro los ojos, en tanto que mi pecho se sacude aún entre ahogados sollozos.

Imagínome que ese tren que va corriendo con tanta velocidad, bien pudiera llevarme á un mundo desconocido donde las niñas como yo sean menos desgraciadas.

Dos larguísimos días duró el concuaso. De cuarenta actúantes que asistimos, solo dos deberían ser las agraciadas. Yo he tomado la resolución de apartar mi pensamiento de mamá Tanita, á fin de poder contestar á las preguntas que se me dirijan.

El asunto ha terminado. Resultados: un papel blanco en una vidriera, pegado con oblea y sobre el papel dos nombres; el mío es el primero.

Ninguna manifestación de contento, ni siquiera una sonrisa me produce el incidente. Solo un pensamiento fijo y tenáz ocupa mi imaginación: volver á casa cuanto antes. ¡Ah! ¡Dos días léjos de mamá Tanita; mi madre que se vá á morir!.....

De vuelta, no voy más á la escuela. Me paso todo el día cerca de ella, procurando evitarle cualquiera fatiga, distraerla un poco y hacerle patente, á fuerza de caricias, todo el afecto de mi corazón.

La querida anciana siente también que se vá. . . . Hundida en su silla bretona, con los ojos fijos y los párpados caídos, como que algun pensamiento sombrío la está asediando. Una vez, olvidando mi presencia, se pone á golpear nerviosamente con su mano descarnada el brazo del viejo sillón y dice con voz apenas perceptible:

—No es eso cruel? No es muy injusto?.....

¡Ay, mi madre se muere!!

Afuera, estalla y resplandece el estío triunfante. Y sin embargo... ¡qué triste está el sol! Todos esos perfumes, ¡cuán penosamente comprimen mi garganta! Adentro, en la noche, sueños tormentosos que se alternan con prolongados insomnios y siempre, á toda hora, lágrimas; mares de lágrimas!

Una noche despierto de repente diciéndome:

—Se va á morir muy pronto..... ¡No volveré á verla..... ¡No tendré ya á nadie en el mundo!

Este pensamiento me tortura de tal modo, que salto de mi cama y sin hacer ruido, busco en medio de la obscuridad el lecho de mamá; rozando el cobertor, encuentro al fin su mano, que la oprimó, la pego á mis labios y luego la estrecho fuertemente contra mi corazón.

Mamá Tanita, sin decir palabra, rodea con sus brazos mi cuerpo entelerido. Mis lábios buscan su cara que la hallan bañada en lágrimas; lágrimas que se confunden con las mías. Ella sigue algún tiempo abrazándome con mayor pasión, y acaba por decir con voz ahogada:

—Muchachita mía, mi Grelet, ...vete á dormir.

Murió mi abuela la tarde del 20 de Septiembre.

Yo estaba sola. La Srita Bourdil, única persona de quién yo hubiera podido esperar algún auxilio, se hallaba en vacaciones y la escuela, cerrada.

Dos ancianas contemporáneas de mamá, á las cuales había visto algunas veces en casa, vinieron á impartirle los últimos cuidados y pasaron la noche conmigo cerca del cadáver.

Tomaban café para disipar el sueño y me exhortaban á que me acostara. Yo había meneado la cabeza sin responder, instalándome junto al lecho de la muerta.

Durante las primeras horas de la noche, las dos ancianas rezaron en voz baja el rosario. A poco las voces se extinguieron: ambas dormían.

Yo continué velando á mamá grande. Aquella lúgubre noche, entre el cadáver y las dos ancianas dormidas, sentí por vez primera el frío beso de la que iba á ser la compañera de mi vida: la Soledad.

IV

No conservo memoria de los días que siguieron al fallecimiento de mamá grande. En la trama sombría de mis recuerdos de esa época, existe un gran vacío.

La Srita Bourdil, que regresó el día mismo del sepelio, me llevó á dormir á su casa. Yo no pude conciliar el sueño en aquella cama extraña para mí y lloré mucho... acabé por llorar maquinalmente, pues todo pensamiento se había apagado en mi rendido cerebro.

Se me habló de un «Consejo de familia» pero no llegué á penetrar el sentido de semejantes palabras, puesto que no me quedaba pariente alguno. Una sola idea me preocupaba: ¿No estaré al cargo de nadie?

La institutriz calmó mi zozobra. La pequeña herencia del tío Cristóbal era suficiente para sostenerme hasta la mayor edad.

El 30 de septiembre la excelente Srita. Bourdil me condujo al Liceo de C..... donde debía yo permanecer durante diez años.

¿Hablaré de la tristeza, del frío mortal de los pri-